

## CAPITULO XIV.

---

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO  
EL SACERDOTE EN EL DESTIERRO.

Mientras que la proscripción indignamente sentada sobre un tronó derruido inmola la virtud; mientras que el cadalso está en continúa actividad; mientras que nuestros rios se tiñen de sangre, y que una parte del clero católico deja admirados en Francia á sus verdugos por su heroismo en medio de la persecucion, la otra se encamina hácia al destierro para ir á buscar en otros climas la libertad de conciencia y el poder de

ejercer su ministerio de amor en la unidad de la fé. Las llanuras de las Hespérides, las montañas de la Suiza, los bordes del Támesis, pudieron contemplar la resignacion y el heroismo del Sacerdote católico en esta emigracion general. Así lo habia Dios ordenado, al fin, sin duda, para que este Sacerdote, hijo de sus entrañas, tan calumniado por la filosofía, tan cruelmente tratado por sus hermanos, apareciese ante el mundo brillando con todo el prestigio de su dignidad natural, y fuese declarado por las naciones, santo é inocente, y más sobre la tierra extranjera, donde el Sacerdote se mostró tan digno de su vocacion. Morir una vez por su religion y su Dios, es mucho merecer sin duda del cielo y de la tierra, es la sublimidad del heroísmo; pero morir todos los dias, y renacer todos los dias para el sufrimiento y el oprobio, ¿con que nombre será bueno llamar á esta muerte, á este sacrificio? Solo Dios puede comprender lo que hubo de resignacion y de grandeza en este acto de virtud: tal fué la existencia del Sacerdote católico sobre la tierra del destierro durante más de quince años.

Hay en medio de los mares, en el centro del Nuevo Mundo, bajo el fuego del trópico, un país tiempo hace maldito, continuamente abra-

sado por los ardores del sol; no ofrece al habitante más que montones de arena: antes que el génio del hombre lo hubiera hecho productivo con sus sudores, no producía más que abrojos y funestas plantas; de un lado se levantan sus rocas inaccesibles, habitadas solo por animales salvajes é importunos; del otro lado se extienden pantanos inútiles, cuyas fétidas exhalaciones corrompian la atmósfera, haciéndola mortífera. Algunas raras habitaciones exparcidas aquí y acullá, sobre las playas insalubres, demostraban apenas la huella del hombre en aquellos lugares: hé aquí la Siberia francesa, la tierra elegida para el destierro del Sacerdote francés.

Allá es donde fué relegado el Sacerdote católico; pero ¡qué de sufrimientos antes de llegar á este nuevo presidio!: amontonados y no teniendo por lecho más que las tablas de las naves, sin recursos, sin vestidos, no recibiendo por alimento más que la décima parte de lo necesario, agoviados por los insectos que los devoraban, entonces ofrecían un espectáculo digno de una eterna compasion. El trato que se les hacia sufrir era tan riguroso que muchos murieron entonces; y los que sobrevivieron estaban más muertos que vivos. En este estado de angustia y de enfermedad á que llegaron, los con-

dujeron á la Cayena. Minados como estaban con tan crueles y multiplicados sufrimientos, agoviados por una atmósfera tan pesada y tan impura, casi todos sucumbieron. Si á tantos sufrimientos físicos, se añaden los del espíritu y las angustias del corazon, se tendrá idea de todo lo que pudieron sufrir. ¡Qué recuerdos tan amargos tendrían que experimentar aquellos Sacerdotes católicos! ¡Qué lágrimas no derramarían al recuerdo de su patria ausente y desgraciada! Un vencedor inhumano los estrangulaba entre sus brazos de hierro y se divertía al verter su sangre. El génio del mal, con su marca infernal, imprimía su estigma en todos sus sentidos. La turbacion y la desolacion reinaban por todas partes; y si es cierto que mientras más virtuosa es una alma, más sensible es, ¿quién podrá pintar la del Sacerdote católico?.... La religion de Jesucristo proscrita y perseguida, sus templos destruidos los unos, otros cerrados, y los más dedicados á usos profanos, disperso el rebaño al furor del lobo devorador: en fin, la sociedad entera maleada y amenazada de una pronta disolucion: toda esto se presentaba á su espíritu. ¡Cuán largas y penosas deben ser aun las horas de reposo sobre un país extranjero y bárbaro, cuando tiene que sufrirse así. . . .

Las afecciones particulares venian despues á tomar su parte: eran un padre, una madre, ancianos y enfermos, eran amigos que se habian dejado al borde del carácter que iba hacer su explosion, y de todos los que no se tenía ni podia tenerse noticia! Mas todas estas cosas que son los primeros motivos de lágrimas entre los hombres, no erar para el Sacerdote católico desterrado y desgraciado mas que razones secundarias: las contemplaba desde la altura sublime donde lo habia colodado su carácter sagrado, y desde el que dominaba todo: sentia toda aquella amargura, pero sin ser aplastado por ella, colme el águila que elevada en los aires, distingúe los objetos que hay en la pradera.

Verdad es, y nos complacemos en decirlo para gloria de la humanidad, el Sacerdote católico en el desierto, no en todas partes fué mal recibido, porque casi todos los pueblos á donde la borrasca revolucionaria los arrojaba, hicieron justicia á su fé, á su heroismo, á su virtud: se le trató como corresponde al Sacerdote.

Las primeras víctimas habian huido á la ciudad eterna. A vista del Sacerdote católico, obligado á abandonar su patria para conservar su fé, el corazon bondadoso de Pio VI se dilató. Despues de Dios, de quien era el primer Pon-

tífice, su resignacion y constancia fueron obra suya. Cuando la tempestad rimbombaba todavía muy lejana, él los habia prevenido contra el peligro, trazándoles la conducta que debian observar en medio de los peligros y las astucias, con que la heregía, el filosofismo y la hipocresía los pudiera halagar, habia sido su oráculo, y sobre todo, supo ser su padre. Los acogió como á hijos desgraciados, pues por su abnegacion é infortunio, eran su gloria, la de Dios; les dió testimonios los mas lisonjeros de su admiracion, de su ternura, y les abrió sus tesoros como les abrió su corazon.

Pío VI hizo todavía mas: desde lo alto de su cátedra apostólica paseó sus miradas por aquellas regiones donde fueron deportadas tantas victimas. Dirigió á los Obispos sus letras para animar su caridad hácia aquellos sacerdotes franceses que la persecucion habia llevado á su diócesis. Las exhortaciones del Padre común de los fieles y de los pastores, produjeron mas que lo que pretendian. En Italia, en Saboya, sobre las fronteras del Rhin, en los Países Bajos Austriacos, los Obispos habian rivalizado en celo y caridad para con los Sacerdotes católicos perseguidos. La República de Génova abrió publicamente una suscripcion para socorrer á los pobres

desterrados. La Inglaterraa entera se levantó para recibir á los que la tormenta revolucionaria habia arrojado sobre sus costas; las suscripciones se multiplicaban allí; el rey y el gobierno, el clero y los particulares, los lores y los comerciantes envian los socorros necesarios para recibir, alojar, alimentar y vestir aquellas colonias de desgraciados. Casi todos los prelados de la Iglesia anglicana, casi todos sus ministros, parecen prescindir de sus ideas religiosas y olvidar la diversidad de creencia para no ver entónces más que hermanos en los Sacerdotes deportados. Las cátedras de los pastores retumban con las exhortaciones más elocuentes y más patéticas, para comunicar á sus rebaños los sentimientos de generosidad, de admiracion y respeto de que ellos mismos estaban penetrados. Las universidades, sus sábios, sus doctores participan de los mismos sentimientos de benevolencia y de amor. La infancia no quiso ser extraña á tanta caridad, lo que recibiera para sus más inocentes placeres: lo consagró al socorro del infortunio. Esta oblacion de la inocencia que ella ofrecia, no sabia, es verdad, para lo que servia, porque no conocia la desgracia; pero cuando se les decia que era para hombres que todo lo habian perdido, entónces no solo repetian sus donativos, sino daban todo

lo que poseían! Dichosa nacion que ha dado tan grande ejemplo á la tierra: ella será retribuida con el céntuplo! ¡Dichosos los Sacerdotes que han sido el objeto de tantas predilecciones! ellas han justificado plenamente la palabra de Jesucristo cuando decia á sus apóstoles: "Cuando os he enviado sin llamado, sin calzado, por todas las naciones, ¿habeis tenido necesidad de alguna cosa? No tengais pues cuidado ni de la mano que está encargada de alimentaros, ni de la que debe vestiros."

Los países que el Sacerdote católico ha recorrido en su destierro, en ellos repiten sus habitantes todavía la historia conmovedora de su heroísmo y resignacion. En sus largas veladas de invierno los padres refieren á sus hijos algunos rasgos de la virtud del Sacerdote frances deportado, mostrándoles el lugar que ocupó en medio del lugar doméstico: allí, les dicen, era donde se sentaba, allí donde procuraba sostenernos en la fé de su país, allí donde nos hablaba frecuentemente, con las lágrimas en los ojos, de sus ancianos padres, cuando los mecian tiernamente sobre sus rodillas; en la esquina de aquella mesa, les decian, compartia con nosotros la comida cuando la haciamos, y donde siempre nos edificaba con su modestia y piedad; jamás salió de

su boca una queja, una murmuracion contra los que les habian hecho tanto mal: él fué el que suspendió allí ese crucifijo; allí es donde al partir para su querida patria nos dió el último adios: yo tengo de él esta imágen, aquella oracion que conservo como un don precioso, como una prueba de su amor por nosotros y como una adhesion inviolable á su fé. ¡Oh Santa Iglesia Romana, si algun dia yo te olvidara, entónces que mi lengua se pegue á mi paladar, que mi mano se paralice y seca perezca antes que yo pierda el recuerdo del Sacerdote que nos ha visitado en su destierro!

## CAPITULO XV.

EL SACERDOTE CATÓLICO EN LAS MISINES.

SAN FRANCISCO JAVIER.

Marchar á conquistar el mundo, encadenar á su carro triunfal á los reyes y á los pueblos vencidos, extender su dominio desde el Oriente hasta el Occidente, llenar la tierra con la fama de su nombre, y hacerla temblar solo á su mirada, todo esto nos parece una grande cosa. Y nada, en efecto, sería más glorioso que todo esto, si una huella de sangre no viniera á salpicar esa pompa triunfal, y si á las aclamaciones redobla-